

El Batán de Tejeda

Declarado Monumento
10-12-78

Las aguas del canal Jarillal atraviesan junto a la zona residencial de avenida Boulogne Sur Mer, dejan atrás el Barrio Cano, evitan confundirse con el cauce del Zanjón de los Ciruelos y se internan en zonas de viñedos al cruzar el departamento de Las Heras. Un kilómetro más adelante se dividen en dos brazos. Una parte se dirige ligeramente hacia el oeste; la otra —el más antiguo cauce; “el verdadero Jarillal”, para los vecinos más antiguos— se interna decididamente entre viñedos para dejarse caer, con un sordo rumor, en el único testimonio que resta de lo que históricamente hemos conocido como el Batán de Tejeda.

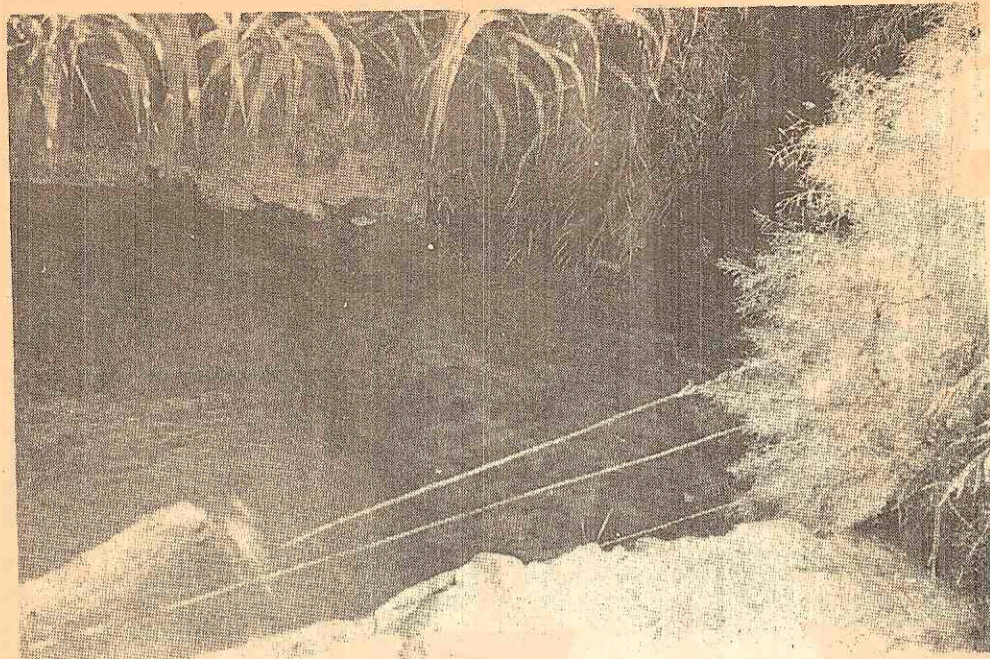
Ese cauce portaba las aguas que contribuyeron —con el ingenio del molinero Tejeda— a impermeabilizar (“abatanar”) las telas con que fueron confeccionados los uniformes del Ejército de los Andes.

Para acercarse en automóvil al lugar, la tarea puede que sin llegar a constituirse en una aventura, tampoco resulta fácil. Se trata de tomar la llamada “calle Perú Vieja”, dejar atrás La Cienuguita y avanzar por Panquehua hasta alcanzar calle Almirante Brown, que tiene toda la apariencia de un colector aluvional y una perfecta imagen de viejo callejón mendocino, flanqueado por una doble hilera de álamos rebrotados en retoños, lo que termina por ofrecer la imagen de una lonja de tierra encerrada por una doble pared vegetal.

Un zaguán natural que nos deja a las puertas de un sitio histórico al que aún se le debe la necesaria reparación.

Molino y batán

Cuando San Martín preparaba su campaña libertadora, debió resolver el



Las aguas del Jarillal se dejan caer, rumorosas, en el hueco que servía de toma de agua para mouilizar las maquinarias del histórico Batán de Tejeda.

grave problema de dotar a las tropas de uniformes adecuados con miras a sobrellevar el duro trajín del cruce de la cordillera y la primera parte de su plan

Solamente se disponía de algunas piezas de bayeta, que se habían tejido en San Luis y que resultaban de escasa duración. Tuvo, entonces, la idea de transformar la bayeta en un tipo de tela más resistente. “Para llenar esta necesidad —dijo Bartolomé Mitre— el general imaginó que las bayetas o picotes que se tejían en San Luis podían abatanarse. Consultó el punto con personas idóneas y dieron la noticia de un emigrado chileno llamado Dámaso Herrera, tan hábil y práctico mecánico como lo era Fray Luis Beltrán y de un molinero mendocino llamado Tejeda, mecánico, también, por instinto, que había inventado máquinas, construidas por sus propias manos, una espineta, y medidaba el problema de hacer volar al hombre”.

Tejeda era el prototipo del criollo. Como se decía en aquellos tiempos, un hombre capaz de desempeñar “los siete oficios”. Desarmó las instalaciones de sus molinos harinero y, con las mismas piezas, movidas por la caída de agua que produce el Jarillal, dispuso los elementos para la nueva tarea.

“En el molino de trigo de Tejeda —sigue diciendo Mitre— se instaló bajo la dirección de ambos un batán movido por el agua y al cabo de poco tiempo llegó a producir bayetones y pañetes que se teñían de azul, y con los cuales se confeccionaban los uniformes para las tropas, que las mujeres cosían gratuitamente”.

Durante la época de la organización del Ejército de los Andes, el lugar

conocido como “el batán de San Martín”. La tradición señala que en la casa de acceso al predio sirvió como alojamiento al Gran Capitán en numerosas oportunidades.

Tras la gesta

Con la partida del Ejército Libertador, en 1817, el molino volvió a cumplir su antañosa misión de convertir en harina los trigales de Panquehua. Tejeda siguió salpimentando su oficio con su vocación de fabricar elementos novedosos. Su preocupación por alcanzar una forma que permitiese al hombre volar lo convirtió en víctima de su capacidad imaginativa. Murió pobre y olvidado.

Las instalaciones del viejo molino —con su estructura de adobes— fueron sufriendo los embates del tiempo.

Un cronista que visitó el lugar, en 1914, dijo que “el Batán es hoy una tapera, las lagartijas centellean como rayos verdes entre los adobes desplomados, la cascada murmuradora colokuilos en la hojarasca y difícil resulta creer que, en otros tiempos, se desarrollase aquí una actividad tan importante para la patria”, según recuerda Carlos Vigil.

En 1936 fue el arqueólogo Carlos Rusconi quien llegó hasta el lugar. Su informe, sirve para completar el cuadro de deterioro: “Ni las ruinas que-

dan ya del Batán, pues los alineados viñedos de la finca cubren todo el terreno, quedando, solamente, la cascada del canal que se utilizaba”.

Recién en 1951 alcanzó al sitio el carácter de Lugar Histórico, mediante el decreto 5.135, fechado el 14 de marzo.

En nuestros días

“Siento una vergüenza muy grande cada vez que algún grupo de escolares se acerca a pedir permiso para llegar hasta lo que fue el Batán”, señala Mario Alberto Pérez Colman, propietario de la finca.

La margen izquierda de ese brazo del Jarillal se encuentra despejada de cultivos en una extensión de casi setenta metros y un ancho de seis. El Jarillal sigue arrojando un torrente caudaloso sobre el único rastro visible del viejo molino. Se trata de un hueco en el que funciona la toma de agua —aprovechando la fuerza de la caída— que movía las piezas del establecimiento.

Pero el agua discurre entre cañaverales salpicados por la sombra de un sauce y alguno que otro álamo. Es necesario abrir una picada entre las cañas para observar el cauce. Resulta imprescindible utilizar el tronco y las raíces de un añoso álamo (y no poca agilidad) para cruzar a la otra orilla y encontrarse con un panorama más amplio del cauce y la excavación.

“Este sitio es de la Comisión Nacional de Monumentos y Lugares Históricos; pertenece a la Nación”, señala Pérez Colman. Agregando: “Muchas veces he escuchado proyectos sobre alguna forma de reconstrucción para el lugar. En ocasiones, hasta se habló de construir un templete. Creame —desliza, a manera de confesión— que ninguno de esos proyectos monumentales sería válido históricamente”.

La solución que propone como forma de rescate para el lugar reúne simplicidad y economía: “lo mejor sería construir un camino de acceso desde la calle, limpiar el lugar y sembrar una caída de césped en la zona, cercarla con un tipo de cadenas de gruesos eslabones, que entrega buen tono decorativo y, en la margen del cauce, instalar un monolito, con una placa, que recuerde la importancia del lugar”.

“Yo no puedo hacerlo —señala Pérez Colman— por tratarse de un terreno que pertenece al Estado”.

La casa tradicional

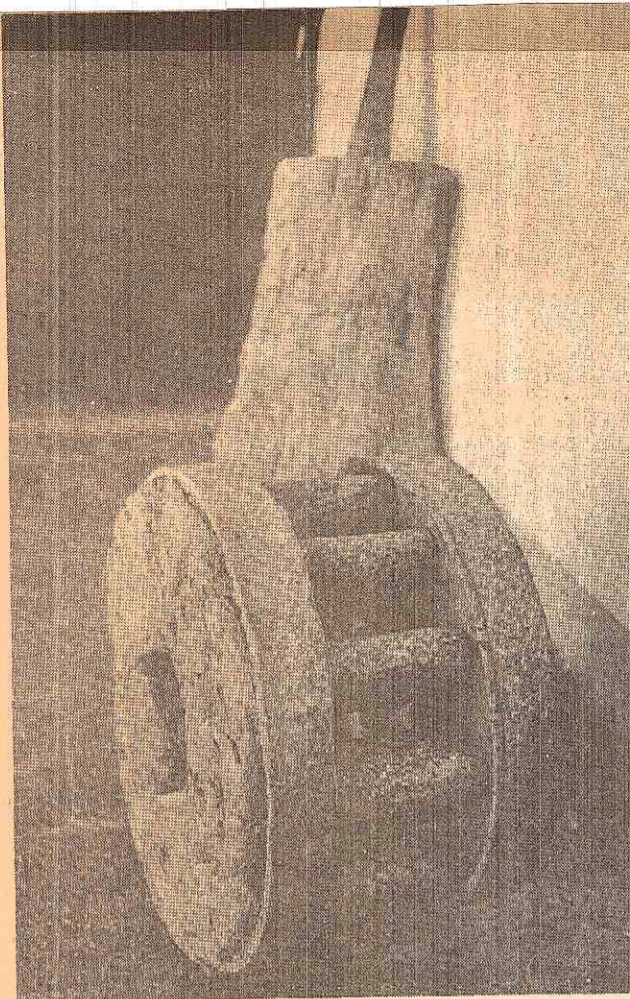
El sitio histórico donde funcionara el Batán de Tejeda se une a la casa de los propietarios de las fincas por dos callejones abiertos entre viñas y durazneros. La casa se encuentra al ingresar —desde calle Almirante Brown— a la propiedad.

Una amplia galería al frente, sostenida por pilares de madera, se adelanta a una hilera de habitaciones, integrando la imagen total de la antigua casa mendocina.

El sector de habitaciones ubicados hacia el sur de la galería es el sector más antiguo. Precisamente, la primera de las habitaciones —la más cercana a la calle— es la que alude la leyenda al señalar que en numerosas oportunidades el general San Martín reposó allí.

El sismo del 23 de noviembre del año anterior, dañó la pared que da hacia el frente. Lo que obligó a reforzar su estructura con dos columnas de hormigón.

En nuestros días los muebles que según la leyenda fueron utilizados por San Martín en sus ratos de descanso, están



El engranaje del viejo molino de Tejeda, que en tiempos de la formación del Ejército de los Andes fue convertido en batán.

siendo sometidos a restauraciones.

Queda —de todas formas— en la casa el engranaje del viejo molino de Tejeda. Se trata de una pieza —labrada totalmente en madera de irreprochable consistencia— circular, radiada para unir su esfera exterior con el centro y de peso excepcional para su circunferencia total.

Forma parte de la colección personal de los propietarios, que se completa con numerosos adornos de época. Desde un antiguo mortero labrado con un tronco de peral con maza de quebracho pasando por muebles, fierros y otros elementos que contribuyen a acentuar el aspecto añoso de la construcción.